

1

NUEVA ESPAÑA

*“Y Yo desde ahora la llamo e intitulo Insigne,
Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Tlaxcala;
y quiero que para Siempre Jamás así se llame;
y que se le guarde sus preminencias conforme
y como se guardan a las Ciudades de estos Reinos”*

Cedula Real de Felipe II,
firmada en Barcelona el 10 de mayo de 1585

Madrid, 16 de julio de 1814

Fiel al implacable verano de Madrid, el calor se hacía asfixiante a las cinco de la tarde, por lo que las calles habían sido abandonadas a su suerte y sólo unos cuantos desgraciados las acompañaban. Salvo por fuerza mayor, ninguna persona de bien mostraba el mal gusto de salir. Era el momento de la siesta, la tertulia o los juegos de mesa, refugiándose en los espacios más frescos. En su espaciosa casa, próxima a la Puerta del Conde-Duque, en un salón interior que además se beneficiaba de su orientación al este, Gonzalo Muñoz y su esposa Juana de Guevara apuraban una limonada. Sus dos hijos, Elvira y Gonzalo, invitados por unos amigos, pasaban unos días en Aranjuez. En su ausencia, sin tener que disimular, podían hablar en profundidad de un gravísimo asunto que desde hacía unos días les atormentaba.





— Mira corazón, tienes que platicar ya con don Manuel y tomar una decisión —dijo ella, tratando de transmitirle la urgencia.

— Estoy de acuerdo...pero... ¿Crees que puedo confiar en don Manuel? —cuestionó él— En estos tiempos, cualquiera podría traicionarme.

— ¡Pero mi amor! ¿Qué dices? —reaccionó exaltada la mujer— Pues si no confías en el viejito, ¿quién te queda? Don Manuel te tiene mucha estima. ¡Si eres como un hijo para él! Seguro que te dará el mejor consejo y nos ayudará.

— Pero reina, ¿No ves que su hermano es ahorita el ministro de Indias y uno de los principales valedores de Fernando VII? ¡Lo pondré en un enorme compromiso!

Gonzalo y Juana eran naturales de Tlaxcala, uno de los territorios de Nueva España. De origen mestizo, provenían de antepasados insignes de la antigua nobleza tlaxcalteca y señores castellanos que se habían asentado en el Nuevo Mundo, por lo que habían sido educados entre las tradiciones prehispánicas y la cultura española. Descendía él de Diego Muñoz Camargo, eminente historiador mestizo del siglo XVI, y Francisca Pimentel Maxixcatzin, heredera del señorío de Ocotelulco, uno de los cuatro principales cuando llegó Hernán Cortés. Ella, por su parte, pertenecía al linaje del legendario Xicotécatl el viejo, uno de los líderes más significativos en la historia de Tlaxcala. Se decía de él que había vivido unos ciento veinte años y tenido más de quinientas mujeres entre esposas y concubinas, por lo que no era extraño que, casi trescientos años más tarde, tuviera una prolija descendencia en la élite tlaxcalteca. Además, entre sus muy ilustres antepasados, destacaba Antonio de Guevara, de quien le venía el apellido, uno de los siete nobles de Tlaxcala que recibieron escudo de armas de Felipe II y, durante algún tiempo, gobernador de ese territorio. Don Antonio era bisnieto del historiador Diego Muñoz Camargo, por lo que Juana y su esposo compartían una lejana raíz.



La familia de Gonzalo poseía varias fincas rurales dedicadas a la cría de ganado y la producción de pulque y maíz. Su padre, ya fallecido, deseaba que como primogénito, se encargara de administrar el vasto patrimonio. Pero él tenía otras ideas y su madre lo entendió. Se trasladó a México a estudiar leyes, y al terminar, tras casarse con Juana, comenzó a trabajar como abogado. En sus años universitarios había conocido las novedosas ideas liberales de la reciente revolución francesa. Le parecieron, entonces, demasiado radicales. Pero provocaron en él una creciente inquietud por hacer cosas diferentes. Amaba Tlaxcala, pero su mundo se le quedaba pequeño. La respuesta a sus fogosos deseos le llegó a través de su tío, Fernando Muñoz, quien había estado en España y disponía de muy buenos contactos en la península. El ilustre letrado don Manuel Lardizábal y Uribe, criollo natural de un pueblo de Tlaxcala, necesitaba un joven ayudante. Gonzalo aceptó el reto entusiasmado. “¡Qué gran oportunidad!” pensó en cuanto se lo propusieron. Don Manuel llevaba en España más de cuarenta años y había desarrollado una brillante carrera profesional. Incluso había escrito varios tratados de Derecho y ocupado puestos de gran importancia en el gobierno real, entre ellos el de consejero de Carlos III.

Juana había nacido en Apizaco, en el territorio de Tlaxcala, al noreste de la capital, donde sus padres poseían varios obrajes dedicados a la producción textil. Al igual que otras mujeres de su condición, había sido educada para casarse, tener hijos y cumplir sus deberes de esposa. Su familia y la de Gonzalo solían visitarse, y ella, ya de niña, se había sentido atraída por él. A los catorce años, estaba locamente enamorada. Y desde entonces, compartió los sueños de princesa con la incertidumbre, los celos y el miedo, hasta que por fin supo que él también la amaba. Al casarse, se trasladó con su marido a México. Apenas empezaba a acostumbrarse, cuando les llegó la propuesta de irse a España. “¿A España?” reaccionó con sorpresa e incredulidad. ¡Ni siquiera podía imaginar don-



de estaba España! Sabía que se encontraba hacia el este, al otro lado del mar, y aproximadamente, podía situarla en el mapa, pero en su mente no cabía esa distancia. Infinidad de veces había oído hablar de ese país mítico y lejano, la tierra de algunos antepasados suyos, cuya cultura había estudiado. Pero nunca pensó que viviría allí. “¿Cuánto tiempo estaremos en España?” Gonzalo no supo la respuesta.

— Además amor, sigo sin entender por qué te persiguen a ti —continuó Juana, algo alterada— ¡Pero si no has hecho nada en contra del rey!... ¿qué digo?... ¡ni del rey ni de nadie!

— Mira reina, lo importante en estos tiempos no es lo que has hecho o no has hecho, sino lo que alguien cree que has podido hacer —explicó Gonzalo, con cierta resignación— Y como sabes, yo me he relacionado con personas que, desde el regreso de Fernando VII, han caído en desgracia. Muchos liberales de Cádiz iya han sido detenidos!

— Gonzalo, tengo mucho miedo. Por ti, por mi, por nuestros hijos... Tú y ellos sois mi vida... Sabes que te amo. Que siempre te he seguido...Y seguiré haciéndolo... pero ahorita... ¡te pido, por el amor de Dios, que regresemos a Tlaxcala! —suplicó la mujer, mostrando la angustia en su cara.

Cargados de ilusión e incertidumbre, habían llegado a Madrid a finales de 1802, cuando los ánimos empezaban a estar bastante encendidos. Manuel Godoy, primer ministro del rey Carlos IV y, según decían, favorito y amante de la reina María Luisa, tenía el poder absoluto y gobernaba a su antojo. Pero en su contra crecía una seria oposición alrededor de Fernando, el Príncipe de Asturias. La lucha encubierta entre los dos bandos, entorpecía el buen gobierno y acrecentaba la galopante crisis política y económica que acuciaba al país y su imperio. Entonces, los dos jóvenes tlaxcaltecas no lo percibieron. España era fascinante, y su atención se centraba en las cosas más cercanas.

Desde el primer momento, les encantó Madrid: sus calles, sus parques, sus cafés, sus gentes...Gonzalo se había aplicado



bien en su trabajo y, poco a poco, se fue convirtiendo en el brazo derecho de don Manuel Lardizábal. Su prueba de fuego fue la defensa del caso de la marquesa de Rueda en su complejo litigio por el marquesado a la muerte de su padre. Su brillante intervención le valió la absoluta confianza de don Manuel, una buena reputación entre la nobleza y el eterno agradecimiento de la aristócrata. Trabajaba a destajo, pero no le faltaba tiempo para pasear con su esposa y acudir a alguna tertulia todas las semanas. Además, Juana solía acompañarlo cuando, por motivos laborales, tenía que desplazarse fuera de Madrid. Así habían conocido Toledo, Aranjuez, Ávila, Segovia, Valladolid y Salamanca. “¡Qué bellos lugares!” habían escrito entusiasmados en sus cartas a Tlaxcala. “¡Qué lindo es el acueducto romano de Segovia!... ¡Es lo más padre que jamás hemos visto!”. Más asentados, empezaron a notar la tensión que provocaban los avatares políticos. “Qué lejos se siente todo esto allí, en Tlaxcala, ¡isi es que llega!” reflexionaba Gonzalo. “¡Y qué próximo aquí!”. En Madrid todo se sabía, se anticipaba, se comentaba. Nadie podía estar ajeno a los rumores, las noticias y las intrigas. Se cocía el presente y el futuro de todo un imperio.

— Don Manuel te ayudará. ¡Ya lo verás! —le había reiterado Juana con aparente convencimiento, para terminar de animarlo a dar el paso— Has hecho mucho por él. ¡No puede dejarnos ahora!

— Espero que tengas razón, querida —dijo él poniéndose en pie— No tardaré mucho. Y si no vuelvo...bueno...ya sabes lo que tienes que hacer.

— ¡No digas eso!... ¡Ni siquiera lo pienses!... ¡Claro que volverás, amor!... Sin ti, me moriría de tristeza.

— ¡Mi reina! —exclamó Gonzalo abrazándola con fuerza— ¡Tienes que ser fuerte!... y estar preparada para lo peor. Ya lo hemos platicado. Si no regreso, ahora o cualquier otro día, ¡tú tienes que seguir adelante!... Nuestros hijos... ¡te necesitarán más que nunca!... y por favor, haz lo que te he pedido... sabes que se lo prometí a mi papá...



Juana reprimió las lágrimas para no minarle las fuerzas. Pero en cuanto él abandonó la casa, rompió a llorar con fuerza. El terror y la impotencia se impusieron a cualquier control. Su cuerpo temblaba y, a pesar del caluroso día, sintió intensos escalofríos. Guiada por un repentino presentimiento, corrió a la ventana y, desde allí, sin que él lo supiera, acompañó a su esposo hasta perderle tras una esquina. “¿Volveré a verlo?... ¡Ayúdame, Dios mío!”. Sabía que corría un gravísimo peligro, que cualquier día, quizá hoy mismo, podía llegar la noticia de su detención. ¡O ni siquiera eso!, pues eran muchos los liberales y afrancesados que simplemente desaparecían sin dejar rastro.

Sudando la gota gorda, avanzó por la calle de Santo Domingo en dirección a la de Arenal. La soledad le acompañaba por las abrasadas aceras, pero no dejaba de fijarse en todo lo que le rodeaba. No se fiaba ni de su propia sombra. Se encontraba alerta, sensible a que en cualquier momento podrían abalanzarse sobre él. En cuanto divisaba a alguien, volvía la cara, aceleraba el paso con prudencia y aguzaba el oído y la visión periférica. Cuando se encontraba más seguro, sin dejar que sus sentidos bajaran la guardia, permitía a su agobiada mente atender y mezclar recuerdos, preocupaciones e ideas. Recordó que Napoleón había impuesto como rey a José Bonaparte y que el 2 de mayo de 1808, el pueblo de Madrid se había amotinado. Por suerte, les pilló en Toledo, donde había ido a resolver un delicado asunto del conde de Cazalegas, uno de los principales clientes de don Manuel Lardizábal. Su mujer le había acompañado. Después comenzó la guerra y se trasladaron con don Manuel a Sevilla. Más tarde a Cádiz. Juana estaba embarazada. En Sevilla dio a luz a su primogénita, Elvira. “¡Una hija española!... ¡volvemos a las raíces de nuestros antepasados!”.

Por fin llegó al amplio inmueble cercano a la plazuela de Santa Ana, en el que su mentor tenía el despacho profesional. El calor y el miedo le habían dejado exhausto, pero no era el



momento de flaquear. Miró hacia todas partes para asegurarse de que no le habían seguido y cruzó el portalón. “¡Qué bien!” exclamó al comprobar la temperatura, seis u ocho grados más baja. Subió la escalera de piedra hasta la tercera planta, sacó una discreta llave de su fino chaleco y abrió la puerta. “¿No hay nadie?”. Recordó que era la festividad de la Virgen del Carmen y don Manuel había dado la tarde libre. “El viejito si estará”. Avanzó por un largo y estrecho pasillo hasta la sala más alejada de la entrada y enseguida escuchó el ruido que lo confirmaba.

— Ejemmm... don Manuel... si dispone usted de unos minutos... me gustaría pedirle consejo —La voz del joven se oyó por la rendija de la puerta, ligeramente abierta, mientras asomaba la cabeza.

— Pase usted, Muñoz. Ahora mismo lo atiendo —le invitó el letrado— Por favor, siéntese. Ya sabe que ésta es su casa.

Se acomodó en la silla castellana que le había señalado el eminente letrado. Éste siguió revisando un papel que le tenía ocupado, pero no tardó mucho en abandonarlo. Entonces, se levantó de su asiento tras la mesa y se dejó caer en otro que estaba más próximo. Gonzalo sintió la boca seca y dedujo que no podría hablar. Pero lo que más le inquietaba era que el viejo notara que temblaba. Hizo un sobreesfuerzo para aparentar que estaba tranquilo. Al percibir que lo conseguía, se sintió algo mejor.

— Dígame que se le ofrece, Muñoz. Me extraña que a estas alturas me pida usted un consejo, cuando lleva todos mis asuntos mucho mejor que yo —señaló don Manuel con una media carcajada— Debe ser algo muy grave... le noto muy tenso... ¡maldito calor!... ¿Quiere tomar una limonada?... ¿O prefiere un coñac? Es francés, ¡pero no está prohibido! jajaja. Ahora resulta que somos amigos de los franceses, jajaja... aunque perseguimos a los afrancesados que apoyaron a José I, jajaja... Claro que gobierna Luís XVIII y volvemos a estar en familia, jajaja... ¿Qué le parece?... El mundo está loco, mi



querido Muñoz. En este siglo diecinueve itodo cambia demasiado rápido!

Don Manuel estaba de buen humor y parecía no tener prisa. Se le veía con ganas de aprovechar el distendido ambiente que le proporcionaba su discípulo aventajado para charlar con él y pasar un buen rato. Por fin, se apoyó en el respaldo, cruzó los pies a la altura de los tobillos, posó el codo derecho en el brazo de su elegante sillón, se llevó la mano a la barbilla, miró atentamente a Gonzalo y se dispuso a escuchar. Al joven le costaba hablar, pero llamó a filas a sus mejores habilidades para superar la angustia y lo consiguió.

— Mire don Manuel... no se a quién acudir... y creo que sólo puedo confiar en usted... por eso he venido... Pero no me gustaría comprometerlo... Usted se ha portado muy bien conmigo y con mi familia. Y lo último que querría es ocasionarle problemas.

— ¡Tranquilo Muñoz! —reaccionó el veterano abogado— Soy viejo y sé moverme en estos tiempos de tempestades. Le agradezco su preocupación, pero no me sucederá nada.

— No sé si sabe que han detenido a muchos de los de la Constitución de Cádiz —informó Gonzalo, constatando por la expresión de don Manuel, que éste ya estaba informado.

— Y supongo que teme... que también le detengan a usted ¿Es así? —se anticipó el viejo.

Gonzalo asintió. Nunca lo habían hablado, pero sabía que don Manuel conocía sus simpatías por los liberales. Sin decir nada, el venerable letrado abandonó su asiento y se dirigió a un mueble castellano que daba cobijo a una botella de coñac.

— ¡Ahora sí lo necesitamos!... acompáñeme amigo.

Se sentía acalorado y lo último que le apetecía era ese licor. Pero intuyó la descortesía en el rechazo y, aparentando que le placía, aceptó la copa. Don Manuel medio llenó la suya. Después, propuso un emotivo brindis que cautivó a los dos — ¡Por España!... ¡Por Tlaxcala!... ¡Y por el futuro de nuestras dos patrias!



“¡Tlaxcala!”, suspiró en su interior, “¡Qué estará sucediendo allá!”.

Con el lógico retraso, pero fieles a su ineludible cita, las noticias de la intervención de Napoleón habían llegado a Nueva España, provocando una gran confusión y un enorme vacío de poder. Un terreno propicio para el sentimiento independentista que se había ido fraguando desde finales del siglo anterior. No tardaron en producirse conspiraciones. En 1810, bajo el liderazgo del sacerdote de Dolores, Miguel Hidalgo, los insurgentes tomaron Guanajuato y Valladolid, y avanzaron hacia México, pero finalmente fueron vencidos. En 1813, otro cura, José María Morelos, encabezó un nuevo movimiento que todavía seguía vivo. “Tlaxcala siempre ha sido leal a España” recordó orgulloso. Ahora que él intentaba escapar de los absolutistas, parecía que su mejor opción era regresar. Pero, la verdad, tenía serias dudas sobre lo que encontraría. “¿Y si me denuncian? ¿Qué pasará si en Tlaxcala, tan adepta a la corona española, se malinterpreta mi apoyo a la Constitución de Cádiz y mi amistad con los liberales?... ¿Pensarán que también soy un insurgente, como Morelos y sus seguidores?”

— Mire Muñoz —dijo por fin don Manuel con una expresión de tristeza que no pudo disimular— Le extrañaré mucho... ¡Sí señor!...Más de lo que usted cree. Pero aquí está en peligro... ¡Debe salir de España cuanto antes!

— Veo, señor, que no alberga ninguna duda —interpeló Gonzalo decepcionado, para confirmar lo que estaba tan claro— Pensaba que quizá usted no lo vería tan negro...que podía ser que yo estuviera exagerando con mis miedos... pero entiendo que comparte mi criterio.

— Hijo, son tiempos de irracionalidad en los que muchos intentan ganarse los favores del rey y sus adeptos, denunciando a liberales y afrancesados. Nadie analiza en profundidad si un sospechoso es culpable de traición. Basta con esa sospecha, mínimamente sostenida por haberle visto en algún lugar o con determinadas personas, para condenarlo... Y se-



guro que usted tiene algunos detractores que estarán encantados de aprovechar esta oportunidad.

— ¿Yo?.. ¿Detractores? —interrogó el joven abogado, expresando en su cara una enorme sorpresa.

— ¡Pues claro, Muñoz!.. ¿Qué pensaba? Usted es un mestizo que ha triunfado profesionalmente en la misma España, y seguro que hay algunos que eso no se lo perdonan. ¿Cree que no ha despertado la envidia de muchos abogados que no han alcanzado sus logros? ¿Y el rencor de los que ha vencido en la corte?... ¿No piensa que puede tener enemigos, por ejemplo, entre las personas que enfrentándose a usted, perdieron sus pleitos?... ¿Qué me dice, sin ir más lejos, de los hermanos de la marquesa de Rueda, derrotados en sus aspiraciones al marquesado?... Uno de ellos ha estado muy cerca del rey en su exilio y ahora goza de influencia. Ignoro su resentimiento hacia usted, pero bien podría pensar que ha llegado el momento de vengarse... ¿O no?

Los argumentos eran contundentes. Convencieron a Gonzalo de que la situación estaba mucho peor de lo que había imaginado. Él era una persona cordial que siempre había actuado con profesionalidad y respeto. Y no se caracterizaba por hacerse enemigos, más bien lo contrario. Era tolerante, tenía sentido del humor y le costaba enfadarse. Desde sus tiempos de estudiante en la Universidad de México, muchos le decían “indio”, unos con cariño y otros con cierto desprecio. Y en su mundo profesional, era extraño encontrar a alguien que no fuera de pura raza blanca, por lo que muchas veces se había sentido rechazado. Pero había aprendido a manejar estas cosas sin enojarse, siendo tolerante y haciéndose respetar con habilidad y paciencia. Se consideraba una persona apreciada por su competencia profesional y sus condiciones humanas. Y en España mucho más que en México o Puebla de los Ángeles. Allí, muchos peninsulares y criollos tendían a menospreciar a los de origen mestizo. Aquí también había clasismos, pero mucho menos, y la verdad es que



se había sentido uno más desde el primer momento... Pero claro, en las circunstancias actuales, todo lo que decía don Manuel tenía bastante sentido.

— Las cosas van a empeorar, Muñoz. Lo presiento. Dentro de poco, los liberales volverán a intentarlo y los absolutistas se opondrán —aseguró el letrado— Habrá más y más violencia, y así sucesivamente, durante mucho tiempo, tal vez lo que resta de siglo... Es la lucha entre lo antiguo y lo nuevo... y como es lógico, tarde o temprano, se impondrá lo nuevo... Siempre ha ocurrido, Muñoz. ¡Triunfa el progreso!... ¿no está de acuerdo?

El joven abogado tlaxcalteca asintió, más por respeto que por convencimiento. Ahora no le preocupaba eso. Lo único que deseaba era organizar un plan para salir de España. Mientras escuchaba, se preguntaba si sería acertado pedirle ayuda a don Manuel. Éste, olvidando la urgencia de su compatriota, continuó la disertación.

— Fíjese en nuestra Nueva España. En el siglo XVI, los españoles aportaron un impulso nuevo que activó el estancamiento de los pueblos prehispánicos y los situó en el mapa del mundo. Ahora son los españoles los que se han estancado. No han entendido que hace falta otro empuje...y por tanto, serán otros, los propios novohispanos, quizá con el apoyo de los estados independientes de la América del Norte, los encargados de darlo.

Don Manuel Lardizábal era un hombre conservador y dudaba de las propuestas más radicales de la Constitución de Cádiz, pero se sentía orgulloso de haber pertenecido a ese grupo de patriotas que cercados por el potente ejército de Napoleón, había defendido la soberanía y el futuro de España y sus colonias. Además, ya era viejo, carecía de toda ambición personal y tenía experiencia y calma para analizar la situación con bastante objetividad. Sin darle respiro a su pupilo, reanudó su plática.



— Los criollos tienen hambre de poder... y serán ellos los que den el paso definitivo. No serán los insurgentes de Morelos, ni ningún otro movimiento dirigido por el clero bajo o el pueblo. ¡No señor!... Fíjese Muñoz, salvo alguna excepción, los criollos están dejando solos a Morelos y los suyos... igual que pasó con Hidalgo... Pero cuando vean el momento de ser los protagonistas y estén seguros de salvaguardar sus intereses, actuarán. Y claro está, hablarán en nombre del pueblo y ensalzarán a los héroes populares caídos... pero siempre asegurándose de que son ellos los que mandan.

El erudito abogado saboreó de nuevo su coñac e interpretó que el silencio de Gonzalo señalaba un interés que él no quería defraudar, por lo que enseguida prosiguió, ahora algo nostálgico.

— ¡Ay, si Carlos III hubiera escuchado al conde de Aranda!... Mire Muñoz, la supervivencia exige adaptarse al progreso, y esto es algo, entre usted y yo, que no quieren entender nuestros soberanos. El conde le recomendó al rey que dividiera el imperio de ultramar en tres grandes reinos gobernados por monarcas de la familia real española. Serían independientes, pero lógicamente, España tendría una influencia sobre ellos y una marcada preferencia en cualquier asunto político o comercial... Una forma más moderna de mantener un imperio... ¡Qué gran estadista el conde!... Carlos III no lo entendió... y ahora lo perderemos todo antes de un cuarto de siglo... ¡Estoy seguro de eso!

— Señor, no sé si volveremos a vernos —dijo por fin Gonzalo, aprovechando el silencio— Quiero agradecerle la gran oportunidad que me dio, todo lo que en estos años me ha enseñado y, sobre todo, el afecto que a mi familia y a mí nos ha dispensado siempre.

— Por favor, Muñoz... ¡No ha sido para tanto! —respondió don Manuel, tratando de esconder su emoción— Usted ha respondido con creces y es su mérito el que le ha impulsado. Soy yo el que debe estarle agradecido por su inestimable



ayuda... Y su esposa es tan amable... Para mi son como dos hijos...

No pudo continuar. Pese al esfuerzo que hacían, ninguno fue capaz de contener unas lágrimas. Don Manuel le dio la espalda aparentando que necesitaba algo de su mesa y aprovechó la privacidad para sacar un pañuelo del chaleco y recomponer su cara. El joven hizo lo propio utilizando una manga.

— Me gustaría saber si todavía puedo hacer algo por usted en este momento tan delicado —dijo el letrado, interrumpiendo la emotiva pausa— No sé... la verdad... no tengo claro si debería hablar con mi hermano...

Miguel Lardizábal, hermano de don Manuel, era Ministro Universal de Indias, por lo que tenía un enorme poder. Durante la ocupación francesa, había formado parte de la regencia del reino, pero sus ideas eran ultraconservadoras y, por tanto, muy opuestas a los planteamientos liberales. En 1811, publicó un manifiesto atacando la legitimidad de las Cortes de Cádiz, por el que fue juzgado y condenado a muerte, pero se le conmutó la pena por el destierro en Inglaterra. Y cuando terminó la guerra, participó activamente en la redacción del decreto por el que Fernando VII rechazaba la Constitución y restauraba el absolutismo. Era lógico que don Manuel dudara. A su hermano no le gustaban los liberales, y en Cádiz ya le había advertido sobre su discípulo tlaxcalteca, censurándole que frecuentara ciertas tertulias. Hablarle de él en esta época de caza de brujas, podría ser la puntilla definitiva para el muchacho.

— Mire Muñoz, déjeme pensar qué puedo hacer por usted y su familia. De momento, lo que está claro es que deben salir de aquí de inmediato... ¡Pongámonos en marcha para arreglarlo todo!... ¿Le parece bien?

— Le estaremos eternamente agradecidos, don Manuel. ¡Qué Dios le guarde!

Regresó a la insoportable tarde de Madrid. La había olvidado en el confortable despacho de su mentor, muy bien pro-



tegado del sol, pero un tremendo bofetón, nada más salir, le hizo volver de golpe a la realidad del intenso calor. No le importó. Era un mal insignificante al lado de sus graves problemas. Don Manuel estaba de acuerdo en que, seguramente, sería perseguido por su amistad con los liberales de Cádiz. ¡Quién se lo iba a decir sólo algunos meses antes, cuando se veía claro que tras echar a los franceses, serían los liberales quienes gobernarían junto al rey!

Miró a un lado y a otro: una, dos, tres veces. Otra más. Ya había gente por la calle y debía estar vigilante. Anticipar cualquier detalle que le pareciera extraño. Recordó que durante la etapa de Cádiz, había conocido a Diego Muñoz Torrero, un eminente erudito que, al igual que don Manuel, era diputado de esas Cortes. Compartían el apellido, pero no eran parientes. “Muñoz es muy corriente” solía explicar. Reflexionó que ahora, la coincidencia no le favorecía. Don Diego había sido uno de los más fervientes defensores de la libertad de imprenta y de culto, la supresión de la inquisición y la igualdad de los súbditos de ultramar. Pensaba que todas las personas debían tener los mismos derechos y obligaciones, con independencia de su origen europeo, criollo, mestizo o indio, por lo que había que eliminar las diferencias de castas. Sus ideas revolucionarias y su valentía planteándolas, le habían cautivado. No había muchos, incluso entre los liberales, que defendieran la supresión de las castas, pero don Diego lo tenía claro. “¡Qué hombre tan brillante!”. Poco después del decepcionante regreso de Fernando VII, había sido perseguido y apresado, igual que Agustín Argüelles y otros destacados liberales. “¿Estaré yo en el listado?”. La duda lo atormentaba. Y la aterradora certeza que la disipaba, emergía cada vez con más fuerza.

Al llegar a la plazuela de Santa Ana, decidió darse un pequeño respiro. Ansiaba llegar a casa para protegerse, hablar con Juana y decidir de inmediato, pero estaba muy nervioso y sintió que necesitaba la pausa para tranquilizarse un poco.



Pasando lo más desapercibido que supo, compró un vaso de limonada en un puesto ambulante y se sentó a saborearlo agazapado en la única sombra que nadie ocupaba. Desde allí podía observar todos los accesos. Algo más relajado, revivió que se había quedado perplejo escuchando a don Manuel. “¡Cualquiera habría pensado que es un independentista!” recapacitó al tiempo que soltaba una liberadora, aunque discreta, carcajada. “¿Quién lo iba a pensar?... iconsejero de Carlos III, eminente jurista y hermano del actual Ministro de Indias! ...jajaja”. Hacia mucho que no reía y disfrutó con el leve paréntesis antes de regresar su angustia.

— No se preocupe, Muñoz —le había dicho el letrado para calmarlo— ¡No voy a alistarme con los insurgentes!...jajaja... Sólo es un razonamiento filosófico entre dos buenos amigos tomando unas copas de coñac. Por cierto ¡Qué buen coñac!... Mire usted, yo salí de Tlaxcala siendo muy joven. Me enamoré de España, la tierra de mis antepasados, y me considero español. Pero nunca he dejado de sentirme, al mismo tiempo, tlaxcalteca. Y sabe una cosa Muñoz, cuando los novohispanos se independicen, se perderá ese sentimiento. A las generaciones futuras se les enseñará a ignorar, e incluso a odiar, a los españoles. Se hablará mal de ellos, se exacerbarán sus defectos, se esconderán sus virtudes, aparecerán leyendas negras... y hasta aquellos por los que corre más sangre española, los criollos, negarán lo español... Y a los tlaxcaltecas... inos tacharán de traidores!... sí, sí, Muñoz, lo que le digo... nos llamarán traidores por haber sido aliados de los españoles y habernos mezclado con ellos... Por suerte, yo no llegaré a verlo... pero usted sí, amigo mío.

“¿Cómo va a suceder todo eso, después de tantos años de convivencia?” se preguntó, convencido de que don Manuel estaba exagerando. “¡El viejo está chocheando!”

Pidió una segunda limonada. La primera le había sabido a poco. Estaba a gusto en esa sombra y decidió que podía permitirse unos minutos más. Por enésima vez miró a su alrede-



dor. La plazuela estaba tranquila. Nadie reparaba en él. Se dio cuenta de que tenía enfrente el Teatro del Príncipe, en el que Juana y él, por primera vez en su vida, habían asistido a una representación. El edificio había sido derribado por un incendio en 1804, pero dos años más tarde, tras ser reconstruido, se abrió de nuevo al público. Se trataba de una de las salas más carismáticas de Madrid, por lo que su reinauguración resultó todo un acontecimiento.

— Muñoz, ¿le gustaría ir al teatro? —le soltó un día don Manuel, pillándolo por sorpresa— Tengo dos entradas estupendas para usted y su esposa.

A Juana le entusiasmó la idea — ¡Padrísimo!, ¿Qué vamos a ver, corazón?

— Se llama *El sí de las niñas* —informó Gonzalo, poniendo una cara de no saber de qué iba la cosa— Dicen que es la representación que está ahorita más de moda en Madrid.

— ¡Claro amor! —lo interrumpió ella— He oído hablar de esa obra a la marquesa de Rueda que estuvo en el estreno... Por cierto, la marquesa estaba escandalizada... Fíjate que unos *cuates* empezaron a silbar casi desde el principio iy tuvieron que botarlos!

Ciertamente, el estreno de *El sí de las niñas* había sido muy polémico. Se decía que su autor, Leandro Fernández de Moratín, era un protegido de Godoy, por lo que los detractores del primer ministro quisieron aprovechar la oportunidad para incomodarlo, encargando a unos cuantos que entorpecieran la representación. El efecto fue el contrario. Le dio mucha publicidad y atrajo el interés del público. Además, se trataba de una obra maestra, por lo que continuó en cartelera con notable éxito.

Con la emoción que demandaba el acontecimiento, la joven pareja de Tlaxcala acudió al Teatro del Príncipe y se acomodó en unas butacas privilegiadas. “Unos boletos propios de don Manuel” señaló Juana. La comedia, de tres actos y en prosa, plantea la situación de una joven, Paquita, que por



obediencia a su arruinada madre, doña Inés, dice sí al matrimonio interesado con don Diego, cuarenta años mayor que ella, a pesar de estar enamorada de otro hombre, don Carlos, que resulta ser sobrino de don Diego. El ánimo del viejo don Diego fluctúa entre la ilusión de creerse amado por una dama tan joven y hermosa, y la duda constante sobre la sinceridad de ese amor del que Paquita da tan pocas muestras. Quiere creer que la muchacha lo ama y lucha por convencerse de ello, pero lo cierto es que le cuesta creérselo. Doña Inés le insiste en que el respeto y la decencia de su hija le impiden manifestar abiertamente sus sentimientos, pero que éstos son sinceros. Paquita es infeliz, porque su amor verdadero es el joven don Carlos, del que hasta el final ignora su parentesco con don Diego. Pero la muchacha ha sido educada para obedecer y sus sentimientos son secundarios. Finalmente, don Diego se entera del amor entre su sobrino y la joven, y mostrando sensatez, la desata de su compromiso, se libera él de su permanente duda y, propiciando la unión de la pareja, celebra el triunfo del amor sobre el interés.

Al tiempo que apuraba la segunda limonada, sonreía recordando a Juana inmersa en lágrimas de emoción cuando, por fin, Paquita y don Carlos son libres para amarse.

— Sabes, corazón —le había dicho ella a la salida— En la realidad, muchas mujeres tienen que decir sí, a pesar de que sus sentimientos señalan lo contrario.

— ¡Sólo es una comedia, querida! —le había recordado él— Se trata de divertir al público... No debes darle más vueltas.

Sí las dio. Por fortuna, no era su caso. Se había casado por amor y todos sus síes eran por convencimiento. “¡Al menos, eso creo!” se autoafirmó. “Pero... ¿Cuántas mujeres habrán renunciado a ser felices, dando un sí interesado?”. En su propio pueblo, muchos matrimonios se hacían por conveniencia. Desde tiempos remotos, ya antes de que llegaran los españoles, era habitual en Nueva España. Su mismo antepasado, el



glorioso Xicoténcatl el viejo, había dado a algunas hijas a los capitanes de Hernán Cortés, cuando éstos entraron en Tlaxcala en 1519. Y posteriormente, muchas mujeres indígenas se habían casado, o amancebado, con españoles y criollos pudientes. “¿Amor o interés?”. De algunas de esas uniones descendían ella y su esposo. Quiso ponerse en el lugar de esas mujeres, pensar cómo se sentían cuando, obedientemente, aceptaban el destino que sus padres elegían para ellas. “Seguramente”, razonó, “se preguntarían cómo sería el hombre al que las entregaban, cómo las trataría, si sería joven o viejo, cariñoso o rudo, atractivo o repelente, si con el tiempo podría llegar el amor...” “Quizá algún día”, alentó, “todas las mujeres serán libres y podrán decidir por sí mismas, no sólo en el matrimonio sino en cualquier cosa”... “Es una fantasía” concluyó con amargura y resignación. “¡Si ni siquiera las nuevas ideas liberales, de las que ahorita se platica tanto, contemplan esta posibilidad!”

Abandonó la sombra que tan buen servicio le había hecho y continuó su camino aprovechando la protección parcial que creía recibir de las paredes de los edificios. “¡Cómo ha cambiado todo!” exclamó al despedirse del teatro. “¡Y pensar que ahorita, Moratín es otro de los perseguidos!... aunque éste por afrancesado, ique es mucho peor!”.

Cerca de la Plaza Mayor, oyó pasos acelerados que le perseguían. No quiso volverse. Bajó la cabeza y se controló para no correr. Se dijo que era mejor aparentar que no se había dado cuenta... al menos hasta que doblara la esquina. Su corazón utilizaba rápidos e intensos latidos para animarlo a emprender una huída desesperada. Pero su cabeza le aconsejaba y retenía sus piernas. Nada más girar, éstas tomaron la iniciativa y salió disparado hasta alcanzar un portal. Como pudo, contuvo el jadeo que le habría delatado y permaneció inmóvil, petrificado, sin sentir la ola de sudor que acaparaba todo su cuerpo. Aguzó el oído para percibir a su perseguidor y buscó algo para defenderse, pero no encontró nada. Si entra-



ba en el portal, estaría perdido. Pensó en Juana, en sus dos hijos, y se armó de valor sin saber cómo. Dos mujeres que hablaban en voz muy alta, pasaron de largo. Después, alguien acompañado por un perro y de nuevo el silencio. Las aterradoras pisadas que le habían seguido no llegaban. Permaneció allí un buen rato, haciendo angustiosas conjeturas. Elucubró que ese hombre le estaría esperando en algún lugar más propicio, o que habría ido a delatarlo y pronto llegarían los soldados para detenerlo. No sabía qué hacer. Esperó unos minutos. Hasta que decidió que allí no podía quedarse. Se asomó con mucho cuidado. No había nadie. Salió con mucho sigilo y, sin mirar atrás, avanzó decidido y cruzó la emblemática plaza. Intuyó que podía ser la última vez, su postrero recorrido por una ciudad que adoraba. Le temblaron las piernas y sintió un mareo. Se detuvo un momento. ¡Estaba muerto de miedo!

Impaciente y preocupada, Juana lo esperaba en casa. Había pasado unas horas terribles en compañía de la incertidumbre, los malos presagios, la angustia y la desesperación. En presencia de su marido y los niños era capaz de mostrarse sólida, pero en la soledad flaqueaba. Una ansiedad permanente consumía su energía y le hacía temblar. Y en los momentos más álgidos, sufría ataques de pánico que dominaban su cuerpo, su mente y su espíritu. Temía por su esposo, por ella, por sus hijos. Apenas dormía, y le sentaba mal la comida. A menudo vomitaba. Disimulaba ojeras y arrugas, pero bajo el maquillaje aumentaban. Ahora, deseaba salir de España. Regresar a Tlaxcala con los suyos. Instalarse en Apizaco, su ciudad, si Gonzalo aceptaba hacerse cargo de los obrajes de su familia, como tantas veces le había propuesto su papá. Volvería a comentárselo, con más fuerza que otras veces, pero si lo rechazaba no le insistiría. Se debía a su esposo y a su causa, y eso le parecía lo más hermoso. ¡Así había sido educada!

Juana había heredado la dureza, comprensión y valentía de las mujeres indígenas que supieron adaptarse a la forma



de vivir de los españoles. Se casaron con ellos o fueron sus mancebas, adoptaron sus costumbres, hablaron su idioma. Sin rechistar, los siguieron, afrontando, en muchos casos, terribles peligros. Aprendieron a satisfacerlos, fueron fieles compañeras y educaron a sus hijos al estilo europeo. Pero al mismo tiempo, siguiendo el ejemplo de La Malinche, lengua, amante y apoyo indispensable de Hernán Cortés, se hicieron respetar. No sólo aportaron su cuerpo. También su inteligencia. Enseñaron a sus hijos y sus esposos a amar las costumbres indias, a hacerlas compatibles con la cultura española y la religión cristiana. Fueron fundamentales para el crecimiento de una nueva raza de sangre indígena y española que debía conquistar el futuro. "Esa es la verdadera conquista", aseguraba Juana. Por ella habían luchado sus antepasados tlaxcaltecas y españoles. Por el mismo motivo estaba ella en España, su otra tierra, apoyando a su esposo en su lucha por la libertad. Y su sí no era como el de Paquita en la comedia de Moratín, sino un sí auténtico del que se sentía orgullosa.

Recrearse en estos pensamientos le daba fuerzas. Su sentido del deber y su dignidad eran las mejores armas para combatir el miedo. Y esa tarde, especialmente, había sido horrible. Ese presentimiento maligno había exacerbado su angustia. Con el corazón en un puño, no dejó de estar cerca de esa ventana que daba a la calle, esperando que pasara algo. Pensó que podían llegar los soldados e interrogarla a ella. ¿Qué les diría? ¿Y si la detenían a ella? Sabía de algunas mujeres que estaban en la cárcel por haber ayudado a sus esposos. ¿Qué sería de sus hijos?... Tenía que ser fuerte. Sabía que Gonzalo la admiraba por esa fortaleza que tantas veces le había mostrado. "Como seguramente", pensaba, "Cortés admiraría a Marina". Percibía que Gonzalo valoraba su sacrificio, su entereza, su capacidad de comprensión, su incondicional apoyo sin decir nada, sus palabras oportunas. El amor que ella le profesaba era su armadura. Y eso, para ella, era algo muy trascendente. Ahora que estaba en peligro, él la necesi-



taba más que nunca. Por eso tenía que estar a la altura que requerían los acontecimientos, comportarse como correspondía a una digna descendiente del legendario Xicoténcatl.

Anocheecía despacio cuando Gonzalo, por fin, llegó a su casa. Nadie le había molestado, pero conforme avanzaba, encontraba más y más personas que le parecían sospechosas. Se sintió perseguido, amenazado, objeto de la atención de muchos que lo rodeaban. Al cruzar la puerta, se sintió aliviado y abrazó a Juana con fuerza. La mujer desfalleció en sus brazos, pero consiguió mostrarse entera. Después, hablaron de la conversación con don Manuel y ambos estuvieron de acuerdo. Al día siguiente irían a Aranjuez para recoger a los niños y, desde allí, se dirigirían a Cádiz para tomar el primer barco a Veracruz. Tendrían que hacerlo con sigilo, sin levantar sospechas. No podrían despedirse de nadie, ni llevarse muchas cosas. Abandonarían Madrid para ir a buscar a sus hijos. ¡Esa sería la excusa! Después, harían una parada en Toledo, en casa del conde de Cazalegas. Como era un viejo cliente de don Manuel, con el que Gonzalo había trabajado mucho, a nadie le extrañaría. Luego irían a Sevilla y buscarían la protección de la marquesa de Rueda “¡Seguro que el conde y la marquesa nos ayudan!... Tienen muchos contactos... y les deben muchos favores... A nosotros nos aprecian... ¡Nos llevarán hasta Cádiz!” habían resuelto, con la esperanza del naufrago que se agarra a su única tabla de salvación. “No son liberales precisamente... pero podemos confiar en ellos”

Cenaron algo rápido y lo prepararon todo. Después, se abrazaron y así permanecieron durante mucho tiempo. Sintieron que se amaban y eso les dio fuerza. Se besaron, lloraron juntos, hicieron el amor... Reposaron sin decir nada con las manos entrelazadas y el aliento muy cerca...volvieron a amarse... y sin separarse, les llegó el sueño.